

Matar para crecer

Historia de las culturas

Mario Javier Pacheco

Bajo las pirámides quedaron sepultados los faraones con sus esclavos dando fe postrera de las desigualdades humanas, por eso mientras los primeros se apergaminaron, impugnando el sino inexorable de nuestra conversión en polvo, los segundos se pudrieron. La ciencia funeraria del orgulloso Egipto no alcanzó para los vasallos.

Los envoltorios de hueso y piel que atravesaron los siglos en urnas preciosas contienen huellas del esplendor milenario que contrasta con la sencillez contemporánea y que testifican que el tiempo es cíclico y que como los hombres, las culturas nacen, matan para desarrollarse y mueren para renacer en otras culturas, que matan para desarrollarse y mueren intermitentemente; así fue determinado por los doce dioses del Olimpo y lo ratificaron los demás dioses de oriente y occidente que en el mundo han sido.

La historia de las culturas antiguas es la historia de los vencedores sobre los vencidos, porque para obtener el mundo había que apoderarse de él de la única forma conocida, mediante la guerra, el pillaje, el asalto, la fuerza; así se crearon los poblados que se aliaron con otros poblados para su defensa e hicieron surgir las naciones. El principio era cuidarse de los invasores que acechaban en el entorno cercano, porque lo natural era caer sobre el vecino, para arrebatarse sus pertenencias y vivir su vida. Únicamente en los intersticios de la guerra, cuando los soldados cuidaban las fronteras, los vencedores pudieron dedicarse a refinar el espíritu, a acuñar frases célebres, a discutir de modas y peinados, a crear exquisiteces culinarias y a recrearse con la inspiración para el arte, la poesía, la filosofía y la literatura.

Los imperios nacen y caen guiados por el influjo de caudillos a quienes los pueblos siguen gracias a su carisma, a su reputación, a su poder, a su riqueza, a sus pactos o porque logran mantener viva la adrenalina de la conquista y de la expansión, para hacer que los clubes, los clanes y las ligas grupales se conviertan en naciones y en imperios que se extienden, se enriquecen y progresan dando base a las grandes civilizaciones.

La usurpación y el abuso del ganador sobre el perdedor era lo natural, no existía el reciente invento de los derechos humanos, ni siquiera su noción, ni su concepto, de tal manera que todos, niños, ancianos, mujeres y hombres nacían guerreros e invasores, entendiendo que quien no invadía era invadido, en todas las fronteras merodeaba el miedo y el monstruo de la guerra.

Ser invadidos significaba perder la tierra, las pertenencias, la familia, la dignidad, la libertad, los reyes de los países vencidos pasaban a cuidar puercos junto a sus antiguos lacayos. Nada se respetaba al perdedor para que así pudiera conservarse la democracia de los vencedores. No importaba la dignidad, el abolengo, la inteligencia, la inspiración artística y poética, la sabiduría, el conocimiento, la finura. A cuidar puercos, a recibir latigazos y a drenar arenas bajo soles caniculares todos los vencidos.

Egipto era el patito feo del mediterráneo con su infinita arenisca, pero de allí salieron los sembradores del desierto y lo hicieron florecer regándolo con las aguas milagrosas del Nilo hasta convertirse en imperio expansionista, de poderosas dinastías que se extendieron a países con nombres encantados, Sinaí, Palestina, Tebas, Siria, Canaan. Pero la propiedad de la gloria en el Mediterráneo estaba sujeta a la capacidad bélica de quienes también la querían y que para obtenerla deberían pasar por sobre las cenizas de quienes la ostentaban.

En el tiempo de esplendor de Babilonia, Hammurabi incursiona por primera vez en el derecho normativo, el código madre de todos los códigos para no matarse, no robarse, entre ellos, pero sobre todo para que las relaciones de dominadores y dominados fueran legales, para establecer por escrito que los hombres podían ser dueños de otros hombres y hacer con ellos lo que les pareciera, desde mutilarlos por estupideces, hasta abusarlos, venderlos y matarlos. Obviamente un esclavo era una pieza valiosa, un instrumento comercial como el ganado y su pérdida siempre significaba detrimento patrimonial para su dueño. Después de esos códigos los legisladores antiguos y modernos aprendieron a tejer normas para mantener la legalidad de las desigualdades, como instrumento imprescindible de las democracias, de la civilización.

En la guerra intermitente de las culturas cae Egipto y surgen los asirios, los medas y los persas con sus sátrapas que sucumben ante los fenicios inventores del mercantilismo, luego crecen Atenas y Esparta que deben inclinarse ante Roma, que a su vez es invadida por los pueblos bárbaros, que son vencidos en su hora por los mongoles y por Atila, el Azote de Dios y estos deben ceder ante los ostrogodos y el imperio bizantino de Justiniano, que no puede contener a eslavos y lombardos, que montan el reino franco hasta que el califato musulmán de los árabes se adueña de los territorios, que son obligados a abandonar por el embate de Carlomagno, cuyo imperio se extingue entrada la edad media para dar paso y diseminarse en los reinos de Alemania, Francia, Borgoña e Italia. Luego vendrán las guerras regionales y las guerras mundiales justificadas en nimiedades, porque la historia de la cultura es la historia de la guerra, del asesinato y del ejercicio del poder. Este es nuestro mundo.

El objetivo básico de la guerra es la dominación, porque quien domina tiene poder y riqueza, de tal manera que lo menos importante son las justificaciones, lo que cuenta son los resultados y desde la antigüedad se aprendió que si para dominar puede existir alternativa distinta a la fuerza bruta entonces se recurre a ella. Todos quieren una vida con dinero, tierras, comida, mujeres, vivienda y lujos, entonces aparecen los fenicios para satisfacer estos apetitos sin necesidad de pelear y fabrican excedentes de barcos, alimentos, artículos suntuosos, etc., instituyendo una invasión comercial por las costas del Mediterráneo que resulta igualmente efectiva y menos peligrosa. Ciro y Darío incorporan en el esplendor persa el contubernio sexual con las mujeres de los pueblos vencidos para poblar de un mestizaje de rasgos arios a este pueblo expansionista. En España, Francia, Alemania se conjuran las guerras con alianzas matrimoniales que unifican reinos y estados, Vendrá también la dominación religiosa, especialmente de musulmanes y cristianos que invaden imponiendo creencias y que se convierten en un elemento de penetración supranacional muy estable. Otras invasiones como la cultural, la industrial y la tecnológica serán igualmente efectivas para establecer pactos de convivencia pacífica entre extranjeros y como portadoras del elemento dominador que anteriormente solo garantizaba la fuerza bruta. No obstante este recurso siempre estará latente y será utilizado si el mecanismo de invasión alterno no funciona o funciona mal; el mundo contemporáneo está lleno de ejemplos desastrosos que lo demuestran.

Ya no hay pirámides, pero el sino cíclico del tiempo repite los sarcófagos faraónicos en los ataúdes congelados que mantienen cadáveres de multimillonarios modernos en hibernación permanente, con la esperanza de ser resucitados cuando la ciencia avance al punto de poder lograrlo y la historia vuelve a comenzar.

Bibliografía

Culturas Mediterráneas. "Introducción al estudio de las culturas antiguas"
UNAB Virtual

"Quince cuestiones de Historia Psicosocial del Arte", pp. 25 ss. Editorial R.M.
Barcelona, 1978,